

COMO RESOLVER UN CRIMEN: ASESINATO EN LAS FIESTAS DE SAN ESTEBAN**HOW TO SOLVE A CRIME: MURDER AT THE SAN ESTEBAN FESTIVITIES**

Ordinaga Llacer N.
Titulada en Ciencias Químicas.
Máster de Formación Permanente en Ciencias Forenses.
Universitat de València.
España.

Correspondencia: neus5201@gmail.com

Resumen: Este trabajo analiza un caso de homicidio sucedido durante las fiestas de San Esteban, abordando de forma detallada el proceso de investigación criminal. Se describen la recogida de indicios en la escena del crimen, el estudio forense del cuerpo, las pruebas toxicológicas y las entrevistas realizadas, mostrando cómo cada elemento contribuye a la reconstrucción de los hechos. El estudio pone de relieve la importancia de la coordinación entre disciplinas forenses para esclarecer un delito de manera rigurosa y efectiva.

Palabras clave: ciencias forenses, investigación criminal, autopsia, toxicología, criminología, análisis de pruebas.

Abstract: This work examines a homicide case that occurred during the San Esteban festivities, providing a detailed overview of the criminal investigation process. It describes evidence collection at the crime scene, forensic examination, toxicological analysis, and interviews, highlighting how each component contributes to reconstructing the events. The study emphasizes the importance of a multidisciplinary forensic approach to solving crimes effectively and rigorously.

Keywords: forensic science, criminal investigation, autopsy, toxicology, criminology, evidence analysis.

INDICE

CAPÍTULO 1	5
CAPÍTULO 2	8
CAPÍTULO 3	10
CAPÍTULO 4	14
CAPÍTULO 5	21
CAPÍTULO 6	28
CAPÍTULO 7	36
CAPÍTULO 8	42
EPÍLOGO	47

CAPÍTULO 1: EL ASESINATO

He trabajado en casos de toda índole: desde pequeñas disputas familiares hasta investigar a personas y sus trasfondos. Sin embargo, cuando acepté el caso de las fiestas de San Esteban, sentí algo diferente, como si una sombra especialmente densa se cerniera sobre la investigación. Y no era para menos: un hombre había perdido la vida, desplomado y ni si quiera la policía había logrado arrojar luz sobre lo ocurrido.


El asunto llegó a mis manos de manera inesperada. Estaba revisando casos pendientes en mi despacho, un lugar modesto pero acogedor situado en el centro del barrio. El aroma a cola-cao recién hecho llenaba el aire mientras las luces de neón parpadeaban fuera de mi ventana. Fue entonces cuando sonó el timbre. Al abrir la puerta, me encontré con una mujer de mirada cansada y gesto serio, que llevaba consigo una carpeta de un tono gris deslucido. Era una oficial de policía local, aunque no tardé en notar que algo en su postura revelaba cierto descontento.

Neus, necesitamos tu ayuda- dijo directamente, sin rodeos. Me entregó la carpeta y tras intercambiar unas pocas palabras de cortesía, se marchó como había llegado, dejando tras de sí un aire de urgencia.

Cuando abrí el expediente, las primeras páginas estaban llenas de informes preliminares y fotografías. La víctima era un hombre de unos cuarenta y tantos años llamado Antonio Zapatero García, residente de la zona, y conocido por ser habitual en las festividades del pueblo, de hecho, acababa de ganar la competición de tiro al plato. Según el informe del perito había sido encontrado sin vida en la Plaza Mayor de Quintana de la Matanza durante las fiestas de San Sebastián, entre el Escenario y la Parrilla, vestía una camisa blanca de manga corta estampada, pantalones cortos y zapatillas de deporte. Debido a la caída presentaba varias rozaduras en los codos. A su lado se halló una chaqueta, que llevaba en la mano en el momento de la caída y sobre la cual había una medalla.

En las últimas horas de la investigación oficial, la policía local había entrevistado a varios testigos y revisado las cámaras de seguridad cercanas. Las declaraciones eran vagas y, en algunos casos, contradictorias. Las grabaciones, lamentablemente, no arrojaban demasiada claridad: una de las cámaras estaba fuera de servicio desde días antes, y la otra apenas captaba sombras donde todo ocurrió.

Policía Local de Quintana de la Matanza
Calle El Remedón, 19-21
83923 Quintana de la Matanza




ATESTADO POLICIAL


Responsable Comisario Ángel Gallo Pérez	Fecha de elaboración 27.04.2019
Fecha del suceso 26.04.2019	Número de procedimiento B 284
Lugar del crimen Fiestas de San Esteban de Quintana de la Matanza	Víctima Antonio Zapatero García

Descripción

- A las 23:52 la Comisaría de Quintana de la Matanza recibió una llamada de socorro.
- Por teléfono, se me informa de que un hombre adulto se había desplomado en la Plaza Mayor de Quintana de la Matanza durante las Fiestas de San Esteban.
- Llego al lugar de los hechos a las 23:59.
- El personal sanitario y yo solo pudimos certificar la muerte del hombre, quien fue identificado como Antonio Zapatero García.
- Vestía una camisa blanca de manga corta estampada, pantalones cortos y zapatillas de deporte. Debido a la caída, presentaba varias rozaduras en los codos. A su lado se halló una chaqueta, que llevaba en la mano en el momento de la caída y sobre la cual había una medalla.
- Los testigos informaron de que esa tarde se había proclamado vencedor de la competición de tiro al plato.
- La empresa funeraria «Lagos» recogió el cuerpo poco después.
- En el momento del incidente, en el lugar de los hechos se hallaban unas 90 o 100 personas que estaban participando en las celebraciones de las Fiestas de San Esteban en la Plaza Mayor. Había algunos puestos de comida y un puesto de bebida.

Esquema del lugar del crimen



Lugar, fecha Quintana de la Matanza, 27.04.2019
Firma del comisario Comisario Ángel Gallo Pérez
Sello de la policía local 

Mientras hojeaba las hojas, me preguntaba por qué habían acudido a mí. La respuesta llegó al final del informe: presión mediática. Antonio no era una persona cualquiera, en su repentina muerte había hecho enemigos en el proceso. Se hablaba de desacuerdos con figuras locales influyentes, como el párroco, de proyectos controvertidos y de secretos que tal vez se había llevado a la tumba.

Esa misma noche, mientras revisaba las notas bajo la luz tenue de mi lámpara de escritorio, sentí que el peso de la responsabilidad comenzaba a caer sobre mis hombros. No solo tenía que desentrañar los misterios de una muerte que ya había sido etiquetada como “imposible de resolver”, sino que también debía enfrentarme a los ecos de una comunidad que guardaba silencios demasiado cómplices.

—Antonio Zapatero —susurré, mirando una fotografía suya que había en el expediente—. Vamos a ver qué secretos ocultas.

El caso había comenzado, y aunque sabía que me esperaba un camino complicado, también sentía ese familiar cosquilleo de la anticipación. Resolver casos como este no era solo mi trabajo; era mi pasión, mi razón de ser. Y esta vez no sería diferente.

CAPÍTULO 2: EL INFORME FORENSE

La noche anterior me encontraba revisando de nuevo el expediente de Antonio Zapatero cuando me di cuenta de un detalle importante: faltaba el informe forense. Era importantísimo, sin ese documento, cualquier avance en la investigación sería solo especulación. Decidí que mi próximo destino sería la morgue, un lugar donde las respuestas solían estar grabadas en los cuerpos de los que ya no podían hablar.

Al llegar al lugar, me fijé en el local, ya que deben seguir unas normas estrictas, pero todo parecía estar en orden, la sala de autopsias contaba con una superficie mínima de veinte metros cuadrados, dotada con sus mesas, agua con corriente fría y caliente, extractores de aire directos al exterior, refrigeradores... así que procedí a buscar al médico, del cual me llevé una sorpresa. En lugar del médico forense habitual, me recibió Esteban, el médico local. Era un hombre de unos cincuenta años, con mirada tranquila y manos firmes. Lo conocía de otros casos; su doble función como médico general y forense no era extraña en localidades pequeñas como esta. Al parecer, estaba cubriendo una sustitución.

—Neus, ¿qué te trae por aquí? —preguntó con una sonrisa tenue mientras se quitaba los guantes de látex.

—El informe forense de Antonio Zapatero. Necesito saber qué reveló la autopsia. Algo no encaja en este caso.

Esteban asintió y me hizo señales para que lo siguiera. En una sala fría y luminosa, me mostró el cuerpo de Antonio mientras repasaba sus anotaciones. Aproveché para explicarme algunos detalles del proceso de la autopsia y del estado de un cadáver tras dos días.

—A esta altura, la rigidez cadavérica ya ha desaparecido. Esta suele iniciarse entre tres y seis horas después de la muerte, comenzando habitualmente por los músculos de la mandíbula inferior y orbiculares de los párpados, resto de la cara y cuello, tórax, brazos y tronco y, finalmente las piernas. Se completa en un período que oscila entre las ocho y las doce horas postmortem. Lo que vemos ahora es la putrefacción, que consiste en un proceso de fermentación pútrida de origen bacteriano. Los gérmenes producen enzimas que actúan selectivamente sobre proteínas, grasas e hidratos de carbono, dando lugar a modificaciones profundas del cadáver que conducen a su destrucción.

Una vez terminado este proceso, sólo persisten las partes esqueléticas de naturaleza calcárea, los dientes las uñas y los pelos, mientras que las partes blandas se reintegran al ciclo biosférico. La putrefacción evoluciona en cuatro fases, pero como verás, Antonio se encuentra en la primera fase, período colorativo o cromático, se produce una mancha verde en la fosa ilíaca derecha, que después se extiende a todo el cuerpo. La piel se va oscureciendo progresivamente hasta asumir un tono negruzco, a veces con un matiz rojo por la hemólisis concomitante. También observo algún que otro signo de livideces cadavéricas, que constituyen un fenómeno derivado del paro de la circulación sanguínea, que habitualmente aparece en los planos en declive del cadáver no sometidos a presión. Comienzan en la región posterior del cuello en el cadáver situado en decúbito supino, es decir, boca arriba. Todo esto concuerda con el tiempo de muerte estimado.

Tras el examen externo se procederá a la apertura de las cavidades. Todas las autopsias deben incluir, al menos, la apertura de tres cavidades: craneal, torácica y abdominal, por dicho orden. Tras revisar los órganos internos, buscando cualquier anomalía o evidencia que pueda explicar la causa de la muerte, todo apunta a una reacción anafiláctica.

Lo miré sorprendida.

—¿Una reacción alérgica?

—Sí, un shock anafiláctico, también conocido como anafilaxia, consiste en una reacción alérgica extremadamente grave que afecta a todo el organismo y se instaura a los pocos minutos de haber estado expuesto al alérgeno. Podría definirse también como una reacción "explosiva" del sistema inmune hacia un agente externo.

Se caracteriza por una respuesta inmediata y sistémica del organismo ante la exposición a una sustancia a la que el individuo es alérgico. Esta respuesta alérgica extrema puede ser disparada por alimentos, medicamentos, picaduras de insectos, látex y otros factores físicos como el frío o el ejercicio intenso.

—¿A que en este caso?

—Cacahuets—dijo mientras sacaba otro documento—. En su sistema encontramos rastros claros de ellos.

—¿Y qué hay de signos de violencia? ¿Forcejeo?

—Nada. Ni hematomas ni heridas defensivas. La muerte fue rápida, pero no hubo ningún tipo de agresión previa. Esto nos deja con un escenario en el que alguien, deliberadamente o no, le dio cachetes a Antonio.

Mientras hablaba, mi mente trabajaba a toda velocidad. Esto no era un accidente ni un suicidio, pero tampoco había evidencias de una pelea o de un forcejeo. Alguien había manipulado la situación de manera calculada.

Antes de marcharme, agradecí a Esteban por su trabajo.

—Gracias por todo, Esteban. Este informe puede cambiar el rumbo de la investigación.

—Ten cuidado, Neus —dijo—. Esto parece más grande de lo que parece a simple vista.

Salí de la morgue con el informe en mis manos y una nueva determinación. El misterio estaba lejos de resolverse, al contrario, apenas había comenzado.

CAPÍTULO 3: EL PÁRROCO

Hacia un día soleado, aquel 28 de abril, aún eran las diez de la mañana cuando salí, mientras miraba el cielo despejado mi mente no paraba de pensar a toda velocidad. Vale —me dije a mi misma— tengo que revisar más informes, tras la escena del crimen, el agente al cargo, debió de interrogar a posibles sospechosos. Un sonido de campana fina me devolvió a la realidad, era mi teléfono móvil, tenía un mensaje de un muy buen amigo hacker, el mensaje decía lo siguiente:

“Hola Neus, tengo lo que querías, aquí tienes la contraseña para acceder a la web de la policía, hay un fichero y dos audios, son las declaraciones de los dos sospechosos, ya me devolverás el favor, besos”

Es un genio —pensé—, así que me apuré a llegar a casa. Al entrar a la calle donde yo vivía, me encontré a Milagritos.

—Hola Milagritos— dije sonriendo.

—Hola Neus, ¿te enteraste de lo que le pasó a Antonio? Pobre hombre, con lo buen ciudadano que era... Lo único que no me gustaba de él, era que no estaba a favor de la expansión de la iglesia, y eso no me gusta, porque yo soy muy creyente y voy todos los domingos a misa, pero bueno, como falleció, no se hizo la manifestación.

—Perdone Milagritos, ¿de qué manifestación me habla?— dije con cara de incertidumbre.

—La de la expansión de la iglesia, mira- dijo mientras metía la mano en su bolso de cuero marrón, un poco viejo pero útil. Aquí está, toma, es el folleto.

—Gracias Milagritos, que tenga un buen día.

Miré a fondo el folleto que me había dado, y me llevé una sorpresa, en la parte de atrás, abajo en el centro del folleto ponía “presidente: Antonio Zapatero García”, vaya, se dé un cura que no estará muy contento de que haya manifestaciones en contra de su iglesia, podría ser un motivo para matar, pensé.



Al llegar a casa, primero, antes de inspeccionar al párroco, me metí en la web de la policía, con el usuario y contraseña de Ángel Gallo que mi compañero me había proporcionado, ¡bingo! Encontré los audios de los dos interrogatorios, los cuales me puse a escuchar, el interrogatorio 1 decía lo siguiente:

“Interrogatorio a Ana María Vega Carro, el 27 de abril de 2019, están presentes Ángel Gallo Pérez y Ana María Vega Carro son las 12 y 14 minutos.

—Señora Vega, usted es la organizadora en de las Fiestas de San Esteban, que se celebran todos los años, y estuvo toda la tarde en el pueblo, ¿Dónde estaba en el momento en el que Antonio Zapatero perdió la vida?

—Volvía justo al puesto de bebidas por que faltaban algunos refrescos, había ido a coger más al almacén que había instalado detrás de la Plaza Mayor, realmente, no vi a Antonio desmayarse, pero si oí a la gente gritar cuando regresé a la plaza. El cuerpo ya estaba en el suelo.

—¿Trabajo esa tarde en el puesto de bebidas?

—Bueno, lo que es trabajar en si..., pues no, tampoco es que fuera un puesto de bebidas en condiciones, si no, que simplemente montamos allí algunas mesas. Muchas personas voluntarias ayudan y se van turnando para atender y como todos los años recibimos alguna donación de los comercios locales de bebidas. También ofrecemos muchas bebidas gratis y la gente va y se sirve por sí misma. En realidad, es eso, como un autoservicio. Pero este año pusimos en marcha una iniciativa “Por una Quintana más Verde” y habíamos identificado todos los vasos con nombres para poder reutilizarlos, todas las veces que se necesitaba. Yo fui para echar una mano y entonces...

—Vale, vale, ya entiendo, todo eso ya no es relevante. ¿Notó algo raro ese día?, ¿o alguien que actuara raro?

—Uf! Es una pregunta difícil, a ver la verdad es que esperaba que Vicente Velada colaborara más, ya sabe, más que nada, por su trabajo. Estaba especialmente callado para lo charlatán que es él siempre, pero cuando pasa algo horrible como aquel día, una cosa así tampoco es que deba sorprendernos, yo creo.

—¿Sabe dónde estaba Antonio poco antes de su muerte?

—Si, claro. Ese día se llevó el trofeo de la competición de tiro al plato, así que exactamente a las 23:45 dio la tradicional vuelta por la calle Carbonero y después volvió hasta la Plaza Mayor y eso, allí se realizó el tradicional brindis, en el que brindó con todo el mundo. Yo diría que fue justo después cuando sufrió el colapso.

—Señora Vega tendremos que continuar con el interrogatorio en otro momento, ya lo siento.”

Cuando escuché el primer interrogatorio y aún con el folleto encima de mi mesa, sabía que tenía que hacerle una visita a nuestro querido párroco, así que me fui hacia la iglesia. Corrí como nunca antes lo había hecho. Las calles del

pueblo parecían desiertas, y el eco de mis pasos resonaba entre las fachadas grises de las casas. El calor del mediodía se colaba por los resquicios de mi gabardina, pero no podía permitirme para.

Tenía que llegar a la iglesia. El párroco sabía algo, de eso estaba segura. Quizá no lo admitiría de inmediato, pero con las preguntas adecuadas, las respuestas acabarían saliendo a la luz.

Cuando finalmente doblé la esquina y la impotente figura de la iglesia se alzó ante mí, algo dentro de mí se tensó. La verja estaba cerrada, y las puertas principales enormes y de madera oscura, estaban firmemente atrancadas. Me acerqué sin aliento y probé el picaporte con fuerza, aunque ya sabía lo que iba a encontrar. Cerrado. Golpeé la puerta con el puño, primero una vez, luego otra, y después otra más, pero el único sonido que obtuve como respuesta fue el retumbar hueco de la madera.

“¡Vamos! Sé que estas aquí,” murmuré entre dientes, más para mí misma que para nadie más. Miré a mi alrededor. No había ningún movimiento, ni siquiera un susurro que delatara vida en el interior. Me aparté unos pasos y contemplé la fachada con frustración. Mi mente trabajaba a toda velocidad, buscando una alternativa. Si no podía entrar, tendría que esperar... o encontrar otra manera. El tiempo apremiaba, y cada segundo que pasaba sentía que la verdad se escurría entre mis dedos.

Respiré hondo, intentando calmarme, aunque mi corazón seguía golpeando con fuerza contra mis costillas. Algo no encajaba. ¿Por qué estaba cerrado a esta hora? ¿Y si alguien más había llegado antes que yo?

Mis ojos recorrieron los alrededores, buscando pistas, una señal, cualquier cosa que pudiera guiarme. Al lado de la puerta había un buzón, con algunas cartas arrugadas y abiertas.

Me llamó la atención una carta, era de hacía unos días, así que me puse los guantes (para no dejar huellas) y la abrí.



Como ya dije anteriormente, Vicente Velada es el párroco del pueblo y ha apostado fuerte por la ampliación del ala de la iglesia. Antonio era presidente de la “Asociación Contra la Iglesia de Quintana de la Matanza” e intentó impedir la ampliación. Además, Vicente se comportó muy raro la noche del crimen, según informaba la señora Vega en su declaración. Pero Vicente, el párroco, no era el asesino. ¿Por qué? Si leemos bien la carta, vemos que la fecha es del 24 de abril del 2019, días previos a la muerte de nuestro protagonista, en el segundo párrafo vemos claramente que la ampliación del ala de la iglesia había sido aprobada, por tanto, por mucho que Antonio hubiese hecho la manifestación,

la obra seguiría adelante igual. Así que Vicente no tenía de que preocuparse, él no era el asesino, pero hemos descartado a un sospechoso, nos quedan más.

CAPÍTULO 4: MAMA PASTA

Cuando volvía de la iglesia, con certeza de que el párroco no tenía nada que ver con la muerte de Antonio, decidí revisar en mi móvil la carpeta del ordenador del agente Ángel Gallo. Quería saber a quién más había interrogado y, tras unos segundos de búsqueda, encontré el archivo que me interesaba. Se trataba del interrogatorio de Ramón Roca Campo.

Regresé a casa con una sensación extraña, como si estuviera al borde de descubrir algo importante. Me senté en mi escritorio y empecé a rebuscar entre los papeles del informe, repasando cada detalle. Fue entonces cuando encontré un periódico de hace unos meses, concretamente del 25 de febrero de 2019. Abajo en el apartado de esquelas aparecía un aviso de defunción: la esposa de Ramón Roca había fallecido este mismo año.

Junto a la esquila, encontré una carta firmada por Antonio, nuestra víctima. La leí con atención, tratando de descifrar su contenido. No parecía una amenaza, ni una advertencia, sino más bien un mensaje formal.



Tras revisar el contenido de las dos cartas lo comprendí. Primero falleció Luisa Arnal, mujer de Ramón Roca. Como indicaba el periódico, Luisa falleció el 23 de febrero de 2019, Ramón decidió acudir a la compañía de seguros Care4life para los pagos del seguro de su mujer, el cual tenía dos semanas para adjuntar a la compañía el certificado de defunción de su mujer, es decir, hasta el día 9 de marzo de 2019, al parecer Antonio era quien firma la carta y, por tanto, el que le denegó a Ramón la documentación. Posteriormente Ramón contactó con el bufete de abogados Quevedo & Asociados para tratar el tema del documento que en la aseguradora no le querían coger porque según nuestra víctima, le había pasado el plazo. Tal y como indica la segunda carta, el plazo se amplió, y Ramón pudo cobrar el seguro de vida de su mujer. Por tanto, si no tenía ya motivos para matar, ¿Por qué lo interrogaron?

Decidí entonces centrarme en el interrogatorio de Ramón. Me puse los auriculares y empecé a escuchar la grabación. Su tono de voz parecía un poco pausado, pero había un matiz de resentimiento en sus palabras.

“Están presentes Ramón Roca Campo y Ángel Gallo Pérez son los 14 y 27 minutos.

En primer lugar, quiero expresarle mis condolencias por el reciente fallecimiento de su mujer, le agradezco que, a pesar de ello, haya sacado tiempo para acudir hoy al interrogatorio.

—¿Acaso tenía otra opción?, pero bueno, gracias, en cualquier caso

—Señor Roca, realmente me gustaría hablar con usted, no del 26 de abril, el día en que murió Antonio Zapatero, sino sobre el 22 de febrero. Ese día tuvo lugar la tertulia semanal en el bar del pueblo que usted regenta y me han

comentado que ese día llamó la atención el comportamiento de Teo Molina Villa. Por favor, cuénteme como fue esa tarde.

—Claro, ese día había tertulia, como todos los viernes. Tampoco es que haya mucho que contar, Teo estuvo allí, eso sí lo recuerdo. Creo que además estaban allí Esteban Puentes, Vicente Velada y Carlos Menudo, pero bueno, a Carlos lo tiene que conocer por que también es policía y trabaja aquí en este municipio si no me equivoco.

—Por favor, describa la conversación entre los que estaban presentes.

—Uf! A ver, cuando... llegó al bar Teo, ya estaba de muy mal humor. No es para nada habitual en él, que es un tipo realmente tranquilo, elegante, con su corbata y su traje, que prefiere escuchar y mantenerse al margen, en un segundo plano, pero ese día se le veía con ganas de hablar. Había hablado con su jefe unos días antes, por lo que yo se... trabaja en la compañía esa se seguros Care4you o algo así en inglés, la conversación que mantuvo con el jefe le preguntó que como podía ser que no le hubieran ascendido al él, sino a su compañero Antonio. La verdad sea dicha, yo tampoco entiendo como le dieron ese puesto a Antonio que no llevaba apenas tiempo en la empresa.”

En ese momento, detuve la grabación. Algo en ese nombre despertó un recuerdo en mi mente. Volví a tomar el periódico y repasé sus páginas hasta encontrar lo que buscaba:



Un artículo en la columna de la derecha donde se mencionaba que Antonio, era ascendido en la compañía de seguros Care4life. Esto me sorprendió, ya que, según Ramón, Teo había trabajado allí toda la vida y siempre se creyó que iba a ser el ascendido. Algo no cuadraba.

Con esta nueva información, retomé la grabación y seguí escuchando.

—¿Qué dijo exactamente Teo Molina?

—Pues a ver, exactamente, yo no me acuerdo, pero tenía un cabreo tremendo por el tema. De eso puede usted estar seguro. No le había sentado nada bien aquella decisión, los demás escucharon, y claro, lo entendían perfectamente. Sobre todo, Vicente, le aseguré que tenía toda la razón del mundo para estar enfadado con Antonio. Eso siempre me ha parecido un poco raro, quiero decir que Vicente, el cura del pueblo, esté todas las semanas en la tertulia, pero bueno, mientras me pague la cerveza, a mí que más me da. En cualquier caso, Vicente le dijo que no tenía por qué tolerarlo, que no podía ser que Antonio fuera baboseando detrás del jefe y luego le dieran el puesto.

—¿Se dejó influir Teo Molina por la conversación?

—Pues hombre, se fue calentando, y al final, de esto estoy completamente seguro, dijo- Antonio no se va a librar, así como así, se va a arrepentir- pero después cambiaron de tema y ahí quedó la cosa.

—¿Dieron también su opinión los otros dos presentes?, ¿Carlos Menudo y Esteban Puentes?

—Bueno, mostraron comprensión por la situación, no parecía que Esteban quisiera meterse en la conversación cuando estaban hablando sobre Antonio. No dijo nada, pero claro, es médico, tiene que guardar las formas, y Carlos también se mantuvo al margen simplemente lo tranquilizó y le dijo que seguro que ya llegaría su oportunidad en la empresa, que trabaja bien y tal y cual.

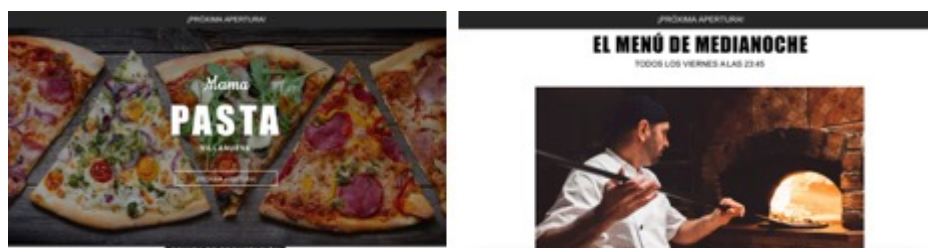
—Vale, muchas gracias por la conversación, por el momento no tengo más preguntas.”

Después de escuchar la grabación reforzó mi teoría inicial. Ramón había sido interrogado porque su esposa fallecida tenía contratado un seguro de vida con la compañía donde trabajaba Antonio. Sin embargo, gracias a la intervención de los abogados, el asunto se había resuelto, por lo que Ramón no tenía motivos para asesinar a Antonio. Pero lo que sí me quedaba claro era que tenía razones para querer matar a Teo Molina.

Justo cuando terminaba de procesar esta información, un papel cayó de entre las páginas del periódico. Era una tarjeta de un restaurante llamado “Mama Pasta”. La giré entre mis dedos, preguntándome si tendría alguna relevancia para el caso.



Decidí investigar más y entre a la página web del restaurante.



Al parecer era un restaurante en el pueblo de al lado, en Villanueva de la Matanza, que se encuentra exactamente a 40 minutos de Quintana de la Matanza. Para mi sorpresa encontré el comentario de un comensal que acudió el día de la inauguración a un menú degustación.

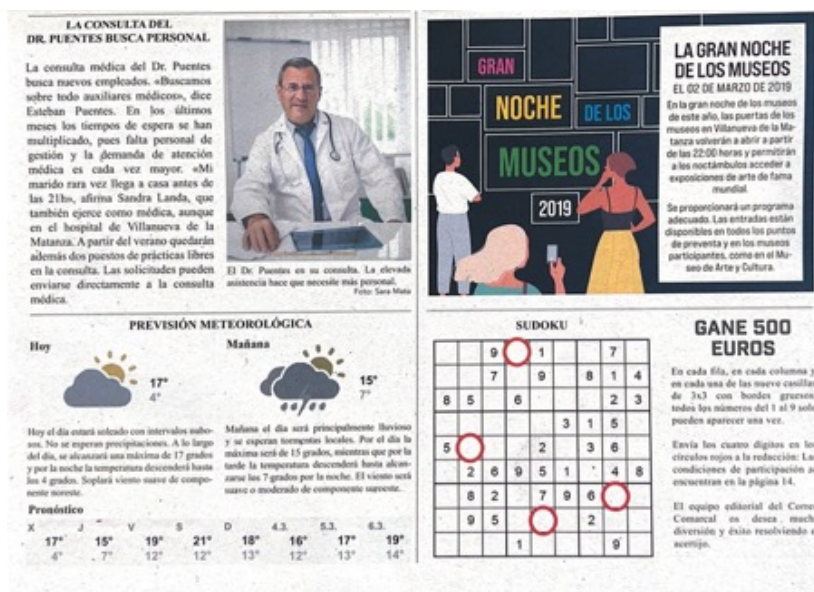


Teo Molina era el comensal que acudió al menú degustación el día de la muerte de Antonio Zapatero, a las 23:45, es verdad que nuestra víctima murió a las 23:52, pero sabiendo que Villanueva, como he dicho anteriormente, se encuentra a 40 min, era imposible que Teo estuviera en la escena del crimen, por tanto, tiene coartada.

Aquello cambiaba por completo mis sospechas. Si Teo Molina tenía una coartada sólida y no podía haber asesinado a Antonio, entonces alguien más debía estar involucrado en su muerte. El rompecabezas estaba lejos de resolverse, pero al menos una pieza más había encajado en su lugar. Ahora, debía averiguar quién más tenía razones para querer ver a Antonio muerto y, sobre todo, quién había tenido la oportunidad perfecta para hacerlo.

CAPÍTULO 5: UN PEQUEÑO DESLIZ

Un titular menor en el periódico, que antes había pasado desapercibido, me saltó al a vista: “La consulta del Dr. Puentes Busca Personal” La coincidencia me resultaba demasiado conveniente. Esteban no solo era el médico local, sino también el médico forense asignado al caso, eso ya lo sabíamos. ¿Era posible que tuviera algo que ocultar?



La sopa burbujeaba olvidada en la estufa mientras encendía el ordenador. Al revisar los archivos policiales, encontré el correo de Antonio Zapatero, uno en concreto me heló la sangre.



Mientras terminaba mi sopa, escuche pasos que venían de la calle, posiblemente alguien iba a llamar a mi puerta, pero en vez de eso, me lanzaron un sobre por debajo de la puerta. Me levanté de un salto para ver que era. Era un informe de la policía, de pruebas que habían encontrado en casa de la víctima y en la casa de Sandra, la mujer de Esteban, lo que me sorprendió muchísimo. ¡Había una fotografía de una nota escrita por Sandra, dirigida a... Antonio!



Lo que venía a continuación me dejó sin aliento. Adjunto a la carta, había una ecografía. No solo era una traición personal, si no biológica: el hijo que ella espera no era de su esposo, sino de Antonio. La rabia y el dolor podían ser un cóctel mortal, y Esteban, con sus conocimientos en medicina, sabía exactamente cómo convertir una debilidad en un arma.

Decidí profundizar más en la ecografía. Los resultados forenses revelaron tres huellas, una de Sandra, otra de Antonio y otra de Esteban. La tecnología de análisis biométrico no mentía. El doctor había sostenido esa ecografía, lo que significaba que había descubierto la infidelidad de su mujer.

Huella dactilar de la víctima y de posibles sospechosos			Policía Local de Quintana de la Matanzas Calle El Remedón, 19-81 83383 Quintana de la Matanzas	
Fecha de creación 29.04.2019	Número de procedimiento B 284	Número de personas 6		
Pulgar, mano dcha Antonio Zapatero García	Pulgar, mano dcha Dr. Sandra Landa González	Pulgar, mano dcha Vicente Velada Ibáñez		
Pulgar, mano dcha Clara Carnicero Santos	Pulgar, mano dcha Dr. Esteban Puentes Pardo	Pulgar, mano dcha Sara Santos Ruiz		
Firma del oficial y sello de la comisaría				

Las pruebas de toxicología añadieron una capa más de complejidad. El examen del contenido gástrico de Antonio mostraba rastros de proteínas de cacahuete, pero había algo más: trazas de un agente estabilizador, comúnmente utilizado para enmascarar sabores en sustancias líquidas. No era un simple accidente. Alguien había dosificado la cantidad justa para que pareciera una ingesta accidental.

Se me pasó por la cabeza que Esteban era el médico forense del caso para encubrirse a sí mismo, además, en el interrogatorio a Ramón Roca, se comportó de forma algo extraña en la tertulia y se mantuvo muy callado cuando hablaron

sobre Antonio. En ese instante, de mi ordenador, saltó una notificación, la policía había encontrado el archivo de las alergias de la víctima, así que decidí abrirlo.

Resultado de la prueba de alergias

Apellido, nombre Zapatero García, Antonio			
Nº según médico 28900822	Nº de seguro 300-1289-333-09	Etnia 4	
Nº de control 18993	Fecha de nacimiento 12.6.2020	Fecha 18.3.2019	

Fecha de la prueba: 28.03.2019 **Hora:** 14:55

Nº	Nº de la prueba	Alérgeno	Resultado de la prueba
Ambiente			
1	B349	Ácaros del polvo	negativo
2	B780	Luz del sol	negativo
Alimentos			
3	B056	Potenciadores	negativo
4	B672	Cacahuete	positivo
5	B891	Fresa	negativo
6	B112	Glutamato	negativo
Animales			
7	B873	Insectos	negativo
8	B342	Piel	negativo
Polen de árboles			
9	B805	Abedul	negativo
10	B428	Aliso	negativo
Polen de plantas herbáceas			
11	B231	Llantén menor	negativo
12	B267	Artemisa	negativo
Esporas de moho			
13	B778	Alternaria	negativo
14	B323	Aspergillus	negativo
15	B129	Cladosporium	negativo
16	B801	Penicillium	negativo

Obsérvense las coincidencias entre el resultado de la prueba intradérmica y el historial médico

Observaciones: La alergia detectada se ha manifestado con gran rapidez. Evítese por completo el consumo del alimento arriba mencionado. Su ingesta puede ocasionar de inmediato una reacción alérgica grave, choque anafiláctico y, en un caso extremo, la muerte.

Firmado


Ilustración 15: pruebas de la alergia de Antonio Zapatero.

Claro, todo cuadraba, Esteban se enteró de la infidelidad. Cuando nuestra víctima fue a realizarse las pruebas, dando positivo en alergia a los cacahuets, Esteban lo vio claro. Tenía un móvil perfecto para el crimen.

Sin embargo, las coartadas son tan letales como las pruebas irrefutables. Revisando un cartel de la feria local, noté un detalle curioso: el nombre de Esteban figuraba en un torneo de ajedrez que coincidía exactamente con la hora de la muerte de Antonio.



Profundicé en los registros del torneo: movimientos anotados, testimonios de los participantes, y una grabación en vídeo que mostraba claramente a Esteban jugando cada partida sin interrupciones.

Las cámaras de vigilancia no mentían. El médico, por más motivos que tuviera, no podía haber sido el asesino. A menos que hubiera tenido un cómplice.

Cerré los ojos por un momento. Cada descubrimiento hacía que el caso se sintiera como una partida de ajedrez en la que cada movimiento revelaba un nuevo enigma. La pregunta ya no era si Esteban había matado a Antonio, sino quién estaba dispuesto a jugar tan sucio como para que pareciera que lo había hecho.

Sabía que no iba a dormir esa noche. El asesino seguía moviendo sus piezas en las sombras, y yo debía anticiparme antes de que llegara al jaque mate.

A pesar de mi decisión de dormir temprano, mi cuerpo se negaba a relajarse. Las sombras en mi habitación parecían alargarse más de lo normal, y el tic-tac del reloj en la pared resonaba como un metrónomo desquiciante. Me di la vuelta en la cama, cerré los ojos e intenté obligarme a descansar.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que me despertara de golpe. Algo en la casa no estaba bien. Me quedé quieta, conteniendo la respiración. Fue entonces cuando lo escuché. Un crujido suave, como si alguien estuviera caminando sobre el suelo de madera de la sala.

Mi primer instinto fue tomar la pistola de mi mesita de noche. Con pasos cuidadosos, me deslicé fuera de la cama y abrí la puerta con el corazón latiéndome en los oídos. La casa estaba oscura, pero una corriente de aire helado me golpeó el rostro. La ventana de mi despacho estaba abierta. Avancé con la pistola en alto, mis sentidos agudizados al máximo. Revisé cada rincón, cada sombra, pero no había nadie. Sin embargo, sobre mi escritorio, algo había cambiado. Mis papeles estaban revueltos, como si alguien hubiera estado buscando algo. Y en el centro de todo un sobre.

Lo abrí con las manos temblorosas. Dentro solo había una nota, escrita con una caligrafía limpia y precisa:

No sigas adelante. No te metas en lo que no entiendes.

Mi piel se erizó. Miré a mi alrededor, sintiéndome observada. Había alguien más en este juego, alguien que sabía que estaba acercándose demasiado. Y esa noche me lo había hecho saber de la forma más perturbadora posible.

El miedo se convirtió en adrenalina. Ahora más que nunca, necesitaba resolver este caso. Porque quien fuera que estuviera detrás de todo esto, sabía que yo estaba tras su pista. Y eso solo significaba una cosa: no se detendría hasta asegurarse de que yo también desapareciera.

CAPÍTULO 6: EL INCENDIO

El despertador marcaba las 11:00 cuando abrí los ojos. La sensación de haber sido observada durante la noche aún pesaba sobre mis hombros. Me froté la cara con ambas manos y respiré hondo. No podía permitirme perder el control ahora.

Me vestí apresuradamente, aun sintiendo el escalofrío del mensaje amenazante de la noche anterior. Al salir de casa, el aire frío de la mañana me devolvió algo de claridad. Necesitaba respuestas y la única forma de conseguirlas era arriesgándome.

Mi destino estaba claro: la comisaría.

Al llegar, me encontré con el agente Ángel Gallo, que fue quien acudió a la escena del crimen el pasado día 26 de abril. Alto, de espalda ancha, una barba perfectamente afeitada y una mirada que alternaba entre arrogante y seductora. Su uniforme le quedaba impecable, y su voz grave añadía una capa de carisma a su imponente presencia.

—Detective, ¿qué te trae por aquí tan temprano? —Preguntó con media sonrisa, esa maldita sonrisita, apoyándose en su escritorio.

—Ya sabes, Gallo, trabajo. No todos podemos permitirnos dormir hasta tarde— respondí con una sonrisa ladeada. Decidí aprovecharme de su interés y fingí un leve mareo, le pedí un vaso de agua. Tal y como esperaba, se levantó sin cuestionarlo.

El momento que necesitaba.

Rápidamente me deslicé al interior de su despacho, mirando encima de la mesa, su ordenador no me interesaba, ya que, tenía su contraseña y podía acceder desde mi casa. Rebusqué con delicadeza, algún archivo nuevo, y me fijé que uno de los cajones del escritorio estaba cerrado con llave. Bingo, pensé. Gracias a la horquilla del pelo y mis dotes de detective, pude abrir el cajón sin necesidad de la llave, en el interior había una carpeta titulada, “nuevas pruebas del caso de Antonio Zapatero”, la cual me metí en la espalda dentro de mi camiseta y debajo de la gabardina porque escuché de nuevo los pasos del comisario Gallo.

—¿Estás bien? —preguntó, teniéndome el vaso.

—Sí, solo un poco de estrés. Gracias— respondí con una sonrisa.

Salí de la comisaría con un nudo en el estómago. Algo me decía que lo que iba a encontrar no me gustaría.

De vuelta a mi despacho abrí la carpeta con todos los informes dentro. Entre los nuevos documentos, encontré algo inquietante: un sobre hallado en casa de Sara Santos. Dentro, una esquila anunciando la muerte de Tomás Carnicero, esposo de Sara y padre de Clara.




Junto a la esquela, un recorte de periódico detallaba su fallecimiento en un incendio ocurrido un año antes en su casa. Algo en mi interior se tensó.



En el fondo del sobre había un último documento: El registro de bomberos del pueblo.

¿Qué tenía todo esto que ver con la víctima?, revisé los nombres y las fechas, pero faltaba una firma clave: Antonio Zapatero.


Responsables de la inspección de los equipos de extinción de incendios
 Noviembre de 2018

FECHA	PERSONA RESPONSABLE	INSPECCIONADO A LAS 8:00 (FIRMA)
1/11	Federico Herreros	
2/11	Eugenio Álvarez	<i>Eugenio Álvarez</i>
3/11	Luis Mendoza	<i>Luis Mendoza</i>
4/11	Sebastián Murillo	<i>S. Murillo</i>
5/11	Miguel Moliner	
6/11	Ramón Puertas	<i>R. Puertas</i>
7/11	Antonio Zapatero	<i>Antonio Zapatero</i>
8/11	Cristian Vélez	<i>Cristian V</i>
9/11	Eugenio Álvarez	<i>Eugenio Álvarez</i>
10/11	Felipe Jiménez	<i>F. Jiménez</i>
11/11	Miguel Moliner	<i>M. Moliner</i>
12/11	Eugenio Álvarez	<i>Eugenio Álvarez</i>
13/11	Sebastián Murillo	<i>S. Murillo</i>
14/11	Luis Mendoza	<i>Luis Mendoza</i>
15/11	Cristian Vélez	<i>Cristian V</i>
16/11	Antonio Zapatero	
17/11	Federico Herreros	<i>Federico Herreros</i>
18/11	Ramón Puertas	<i>R. Puertas</i>
19/11	Luis Mendoza	<i>Luis Mendoza</i>
20/11	Eugenio Álvarez	<i>Eugenio Álvarez</i>
21/11	Jesús Herreros	<i>J. Herreros</i>
22/11	Luis Mendoza	
23/11	Ramón Puertas	
24/11	Miguel Moliner	<i>M. Moliner</i>
25/11	Federico Herreros	<i>Federico Herreros</i>
26/11	Antonio Zapatero	<i>Antonio Zapatero</i>
27/11	Federico Herreros	<i>Federico Herreros</i>
28/11	Cristian Vélez	<i>Cristian V</i>
29/11	Sebastián Murillo	<i>S. Murillo</i>
30/11	Eugenio Álvarez	<i>Eugenio Álvarez</i>

NOTA POLICIAL
 Encomendado en el acta de inspección de los equipos de extinción de incendios del 16/11/2018.

Antes de dedicarse a los seguros, Antonio había sido bombero, y el día del incendio, tendría que haber estado de servicio.

Mi corazón se aceleró. Según los registros, el día del incendio, es decir, 16 de noviembre de 2018 se había omitido revisar una manguera defectuosa, lo que retrasó la extinción del fuego, costando la vida de Tomás Carnicero.

Pero había más, fuera del sobre se encontraba un documento de Carlos Menudo, el comisario, había solicitado una orden de detención contra Antonio el año pasado por negligencia en aquel incendio. La orden había sido denegada. ¿Quién tenía el poder para proteger a Antonio?

Policía Local de Quintana de la Matanza
Calle El Remendón, 19-21
82925 Quintana de la Matanza

POLICIA LOCAL
73-31
QUINTANA DE LA MATANZA

Solicitud de dictado de una orden de detención

Solicitante Carlos Menudo Mata	Fecha de creación 03.12.2018	Número de caso/Archivo 48125
--	--	--

1. Información general

Fecha 16.11.2018	Período del crimen 16:30 - 22:30
Escena del crimen Calle del Medio 19, 82925 Quintana de la Matanza; en la casa de la familia Carnicero	
Hecho delictivo Incendio en una casa unifamiliar	


2. Información sobre la persona acusada

Apellido, si corresponde nombre de soltera Zapatero García	Nacionalidad Española
Nombre Antonio	Sexo Varón
Dirección Calle la Dehesa, 3, 82925 Quintana de la Matanza	Fecha de nacimiento 12.04.1986

3. Comentario

El comisario Carlos Menudo Mata solicita una orden de detención contra Antonio Zapatero García por sospecha fundada de ser culpable del caso 0738.

Firma y sello de la comisaría

Carlos Menudo Mata 

La solicitud fue **Firma y sello**

☐ aprobada.
☒ no aprobada.

[Firma] **DENEGADA**

Me recliné en la silla, intentando procesarlo. ¿Podía Sara Santos haber buscado venganza por la muerte de su esposo? Si era así, ¿cómo encajaban las demás piezas del rompecabezas?

Me puse de pie y, con un gesto decidido, comencé a organizar toda la información en una pizarra. Fotos, documentos, líneas de conexión entre sospechosos. Necesitaba ver todo con claridad.

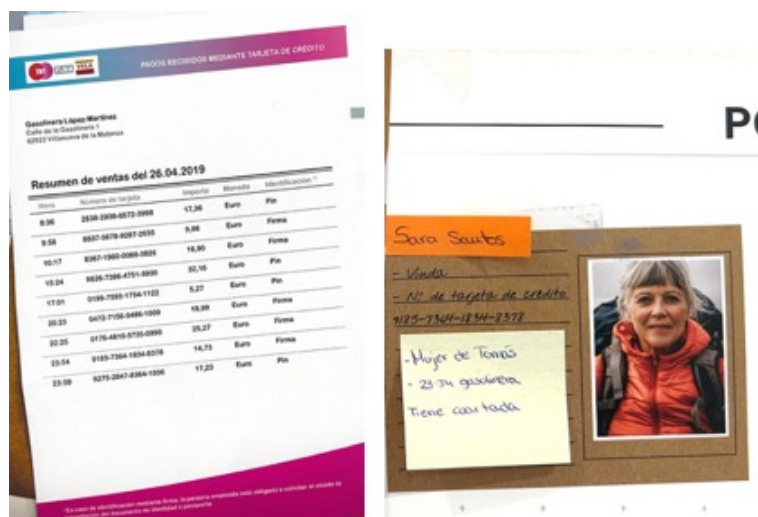


Mis ojos se clavaron en una imagen en particular: una foto de Tomás Carnicero junto a Carlos Menudo, detrás de esta, había una dedicatoria firmada por Carlos.



Se conocían. No solo se conocían, eran amigos. Y eso significaba que Menudo tenía un motivo claro para matar. Pero había un problema: Carlos tenía coartada. Me puse a revisar de nuevo el folleto del torneo de ajedrez de la feria, ya sabemos que a la hora del crimen había una partida de ajedrez donde jugaba el médico Esteban contra “The Hunter”, claro El Cazador era Carlos Menudo. No podía haber cometido el asesinato si a esa misma hora estaba en la partida.

Frustrada, aparté la mirada de la pizarra y mis ojos se posaron en otro dato inquietante: un número de tarjeta de crédito. Comencé a rastrear los recibos asociados a ese número y descubrí que la tarjeta había sido usada en una gasolinera, justo a la hora de la muerte de Antonio. La titular: Sara Santos. Si estaba en la gasolinera, no pudo haber cometido el asesinato.



Con cada pieza del rompecabezas que encajaba, parecía que me alejaba más del asesino real, tomé aire, miré a la ventana y el sonido de una notificación en mi ordenador me sacó de mis pensamientos. Un correo sin remitente, con el asunto “me debes una cena”, así que podía imaginarme quien me lo había enviado:

Adjunto informe médico de Clara Carnicero. Su alta está programada para mañana, 30 de abril.

Hospital Clínico de Villanueva de la Matanza
Unidad de cirugía reconstructiva,
traumatología y rehabilitación

Unidad de medicina quirúrgica
Calle de los Arboles, 45
82923 Villanueva de la Matanza

Dr. Juan Luis Pérez Cordero
Director médico, Medicina Quirúrgica
Médico responsable de Salud Grupos de Atención
Dr. María Fernández de los Angeles

Clara Carnicero Santos
Avenida Madrid, 45
82923 Quintana de la Matanza

Villanueva de la Matanza, ingresó el 20/04/2019

Informe de alta

Paciente: Clara Carnicero Santos
Domicilio: Avenida Madrid, 45 | 82923 Quintana de la Matanza
Sexo: mujer
Estado civil: soltera
Alta: 30/04/2019
Estando: 3 semanas

Diagnóstico
Dolors articulares leves en el brazo derecho, todo sin ligeros cambios, lesión por trauma por el accidente de tráfico. Mantener el brazo escayolado y desplazamiento en alta de ruedas.

Prescripción
Ibuprofeno de 800 mg, 30 vds., Crema Folicine, 2 veces al día.

Página 1/1

Hospital Clínico de Villanueva de la Matanza
Unidad de cirugía reconstructiva,
traumatología y rehabilitación

Unidad de medicina quirúrgica
Calle de los Arboles, 45
82923 Villanueva de la Matanza

Horario de atención
Lunes - Viernes: 08:00 - 20:00
Sábados - Domingos: 08:00 - 12:00

Servicio de urgencias
Lunes - Viernes: 08:00 - 24:00
Sábados - Domingos: 08:00 - 24:00

Abrí el archivo y revisé los detalles. Clara había estado ingresada en la unidad de cirugía tras un accidente de tráfico, llevaba ya tres semanas y seguía en el hospital. Si esto era cierto, significaba que su coartada era sólida.

No podía quedarme solo con el informe. Tenía que verlo con mis propios ojos. Tomé mis llaves y salí rubo al hospital de Villanueva de la Matanza.

El hospital olía a desinfectante y muerte. Los pasillos estaban silenciosos, solo interrumpidos por el sonido de un carrito de medicación avanzando lentamente. Pregunté en recepción por Clara Carnicero, fingiendo ser una amiga preocupada.

Cuando entré a la habitación, la vi. Clara estaba recostada en la cama, con el brazo escayolado y las piernas vendadas. Su piel estaba pálida, y sus ojos cansados. Me miró con algo de confusión.

—¿Nos conocemos? — preguntó con voz débil.

—Soy Neus, detective privada. Estoy investigando la muerte de Antonio Zapatero—respondí sin rodeos.

Sus ojos se oscurecieron.

—No tengo nada que ver con eso- murmuró, desviando la mirada.

Me acerqué un poco más. Noté que apenas podía moverse. No solo estaba escayolada, sino que tenía una vía intravenosa conectada a su brazo sano. Era evidente que no podría haber cometido el crimen.

—¿Sabes por qué alguien querría inculparte? — pregunté.

Clara negó lentamente con la cabeza, pero su expresión decía otra cosa. Había miedo en sus ojos.

Antes de que pudiera presionarla más, la puerta de la habitación se abrió de golpe. Una enfermera entró, mirándome con severidad.

—Las visitas deben ser breves —dijo en tono cortante.

Asentí y me alejé de la cama. Mientras salía, noté que Clara me observaba fijamente. Justo antes de cerrar la puerta, susurró algo apenas audible:

—Tenga cuidado, detective.

Salí del hospital con el estómago revuelto. Algo no encajaba. Clara no era la asesina, pero sabía más de lo que decía.

Y alguien no quería que descubriera la verdad. El sonido de una notificación en mi móvil me sacó de mis pensamientos.

“No sigas escarbando o terminarás como Tomás”

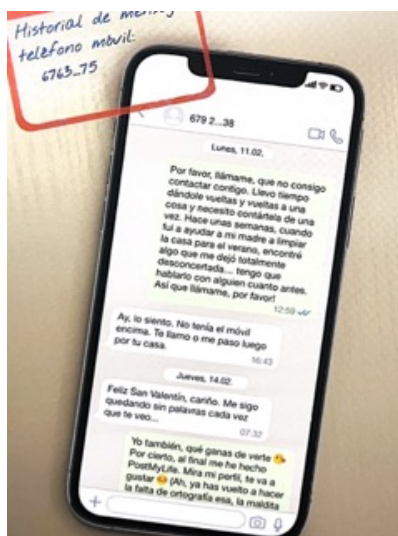
Mi sangre se heló. Alguien sabía que estaba demasiado cerca de la verdad y estaba dispuesto a hacer lo necesario para mantenerla oculta. Pero ya era demasiado tarde para retroceder. Tenía que moverme rápido antes de que la próxima amenaza se convirtiera en una realidad.

CAPÍTULO 7: VÍNCULOS DE FUEGO Y SANGRE

Volvía a casa mientras el silencio de la ciudad se deslizaba entre las sombras. EN mi bolsillo, el teléfono de Clara pesaba como si dentro llevara un secreto a punto de estallar. La enfermera había salido de la habitación para traerle su calmante, y en ese breve instante de descuido, tomé el móvil con disimulo. Fue un impulso, pero uno que mi instinto agradeció.

Ya en casa, con la puerta cerrada y el candado echado, lo primero que hice fue sumergirme en su contenido. El teléfono no tenía clave. Quizá por estas postrada en el hospital, Clara había pensado que nadie se atrevería a curiosear. Ingenua.

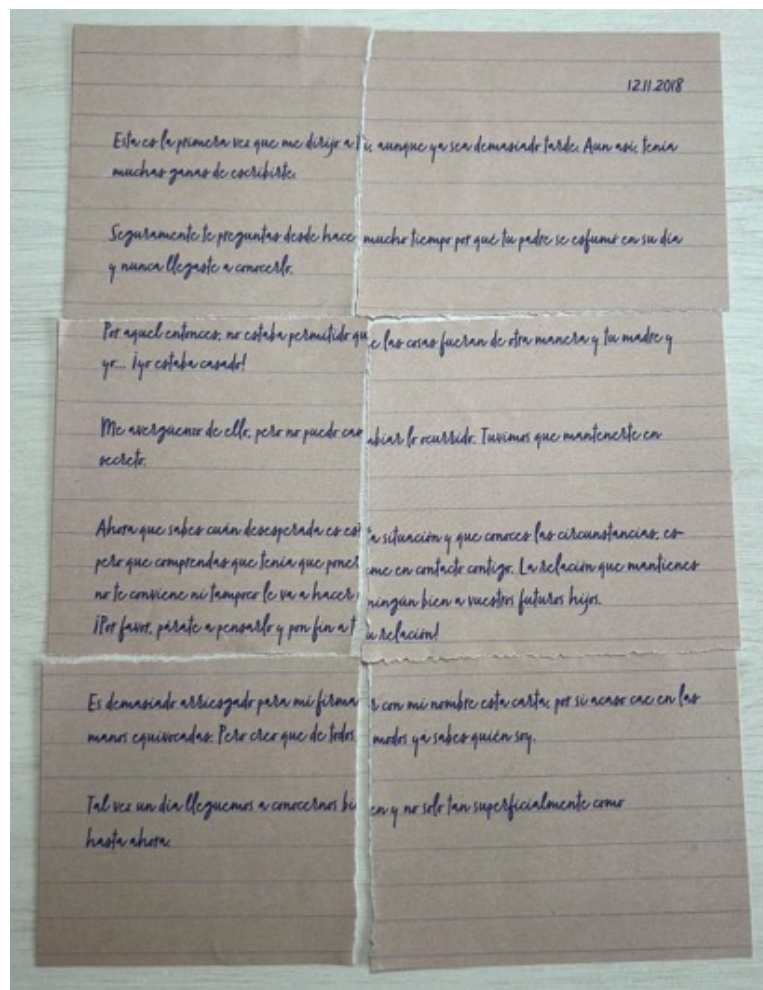
Entre las fotografías y mensajes, uno me llamó especialmente la atención. Era de hace dos meses: “Feliz San Valentín, cariño. Me sigo quedando sin palabras cada vez que te veo”.



No era un simple gesto cariñoso. EL tono del mensaje, su contenido, lo delataba todo: Clara tenía novio. Pero ¿quién era?

Comencé a revisar las conversaciones, pero no tenía agregado en WhatsApp a su novio, un poco extraño la verdad. Me fijé en su falta de ortografía, aunque no le di importancia.

Aún con esa incógnita en mente, abrí la carpeta que le había “tomado prestada” al agente Ángel Gallo. En cuanto la deslicé sobre mi escritorio, varios trozos de papel se deslizaron al suelo. Trozos rotos, desgastados por las esquinas. Recogí cada uno, y con paciencia, como si resolviera un puzle macabro, empecé a unirlos.



Era una carta. Un padre le había escrito a su hijo, pero no era cualquier carta. Esta rezumba culpa, arrepentimiento y una verdad demasiado incómoda: “Por aquel entonces, no estaba permitido que las cosas fueran de otra manera y tu madre y yo... ¡yo estaba casado!. Me avergüenzo de ello, pero no puedo cambiar lo ocurrido. Tuvimos que mantenerte en secreto.

El papel temblaba entre mis dedos. La carta estaba fechada hace un año atrás. ¿Quién la había escrito? ¿Y por qué había sido destrozada con tanta rabia? No había firma. Ningún nombre. Nada concreto que me permitiera identificar al autor. Pero algo me decía que esa carta no era un documento cualquiera. Era una confesión. Y el hecho de que alguien la hubiese hecho pedazos, hablaba más de lo que callaba.

Sin perder tiempo, encendí mi ordenador. Accedí al sistema de la comisaría con el usuario y la contraseña de Ángel Gallo. Busqué entre los correos electrónicos enviados. Y allí estaba: un mensaje titulado “Carta a mi padre”. Era una respuesta al padre, enviada desde una cuenta sin nombre claro.

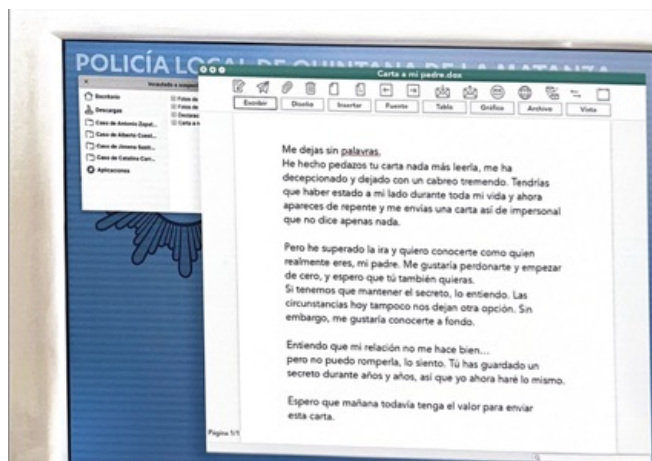


Ilustración 26: E-mail del hijo a su padre, encontrado en el ordenador de Ángel Gallo.

“Me dejas sin palabras. He hecho pedazos tu carta nada más leerla, me ha dado un cabreo monumental [...] Entiendo que mi relación no me hace bien... pero no puedo romperla, lo siento. Tú has guardado un secreto durante años, así que yo haré lo mismo.”

Ahí estaba. “palavras”. Esa errata, esa marca inconfundible. El mismo error que aparecía en los mensajes del supuesto novio de Clara.

Abrí los ojos como platos, porque entonces me di cuenta. La carta decía que tenía que poner fin a su relación, eso quiere decir que el hijo bastardo y Clara son hermanos, lo que significa que Tomás Carnicero era el padre de ambos. Ese hijo ilegítimo había intentado contactar a su padre, con rencor, con dolor, con una necesidad urgente de ser reconocido. Pero lo hizo tarde. El fuego que había matado a Tomás había prendido también en el corazón de su hijo. Un fuego que ardía sin control.

Y, por supuesto, ahí estaba la víctima. Antonio Zapatero. El hombre que no revisó la manguera. El responsable, directa o indirectamente, del incendio donde murió aquel hombre. ¿Y si fue ese incendio lo que les arrebató la oportunidad de ser una familia?

¿No sería ese un motivo lo bastante poderoso para matar?

Me eché hacia atrás en la silla. Todo giraba, todo se cerraba. Pero aún quedaba una pieza sin ubicar: la identidad del muchacho. El hijo bastardo. El amante. El vengador oculto tras mensajes de San Valentín mal escritos y una rabia infantilmente disimulada. Tenía que encontrarlo. Y tenía que hacerlo antes de que decidiera incendiar algo más que su pasado.

Decidí que era momento de volver al hospital. Tenía que devolverle el móvil a Clara sin que lo notara, y de paso, intentar sonsacarle la identidad de su misterioso novio. Cuando entré en la habitación, Clara me miró con los ojos entrecerrados, cargados de veneno.

—¿Otra vez tú? —espetó—. ¿Qué parte de “déjalo estar” no entiendes?

—Clara, no quiero molestarte. Solo necesito una respuesta. Una sola —le dije con voz calmada, dejándole el teléfono en la mesita sin que lo notara.

Ella me giró la cara.

—No sé nada. Y si supiera, tampoco te diría. No confío en la policía. Nunca han servido para nada. Déjame en paz.

Mi mirada se deslizó por la habitación, sin saber exactamente qué buscaba... hasta que lo vi. Un ramo de flores frescas decoraba una mesita a su lado. Rosas blancas. Pero lo que me heló la sangre fue la tarjeta. Una dedicatoria escrita a mano: “Pronto estaremos juntos. Te amo con locura.”

Le di la vuelta. Por detrás, la tarjeta no era una cualquiera. Era publicidad. El logotipo en letras doradas decía: “Los Cachorros del Oro – Limpiezas profesionales”.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Salí del hospital con pasos veloces. Tenía lo que quería. El novio de Clara trabajaba en una empresa de limpieza. Y si había algo que sabía, era seguir rastros. Me detuve en un parque. Saqué el móvil y busqué la empresa en Google. Su sede estaba a las afueras, en un polígono industrial. Decidí hacerle una visita amistosa.

La oficina era discreta. Un cartel modesto, sin pretensiones. Al entrar, un joven de unos 32 años, alto, sin barba, con una camisa algo arrugada, salió a recibirme. Tenía una mirada esquiva, aunque su sonrisa era encantadora.

—Hola, soy Felipe Figueroa. ¿En qué puedo ayudarte?

—Inspectora Neus. Solo tengo un par de preguntas, si no le importa. Noté cómo tensaba los hombros.

—Claro, claro. ¿Sobre qué?

—Sobre la noche del asesinato de Antonio Zapatero. Usted conoce a Clara Carnicero, ¿verdad?

—Sí... hemos salido algunas veces. Pero no he tenido nada que ver con eso. Esa noche estaba lejos de aquí, volviendo de Villanueva de la Matanza.

—¿Puede probarlo?

Felipe se dirigió a su escritorio y sacó un sobre. Dentro, una multa de velocidad. Exactamente durante el periodo estimado del asesinato.

Número de acta: AT 19 55 24

Indicar siempre

INFRACCIÓN DEL CÓDIGO DE CIRCULACIÓN (Ley 6/2014 de tráfico, circulación y seguridad vial) / COMPARECENCIA

Estimado conductor, estimado conductor:

Se le acusa de haber cometido las siguientes infracciones del código de circulación el día 25 de abril de 2019 a las 23:51 en la carretera comarcal M-510 (Villanueva de la Matanza en dirección a Quintana de la Matanza), siendo conductor de un turismo de la marca AUDI con matrícula 1551 KBP:

Supera el límite de velocidad máxima de 100 km/h en 7 km/h (descontado el margen de tolerancia y conforme al capítulo II, artículo 21 de la Ley 6/2014 de tráfico, circulación y seguridad vial).

Observaciones: Prueba de la infracción: foto del radar n.º 200251
Testigo: no existen

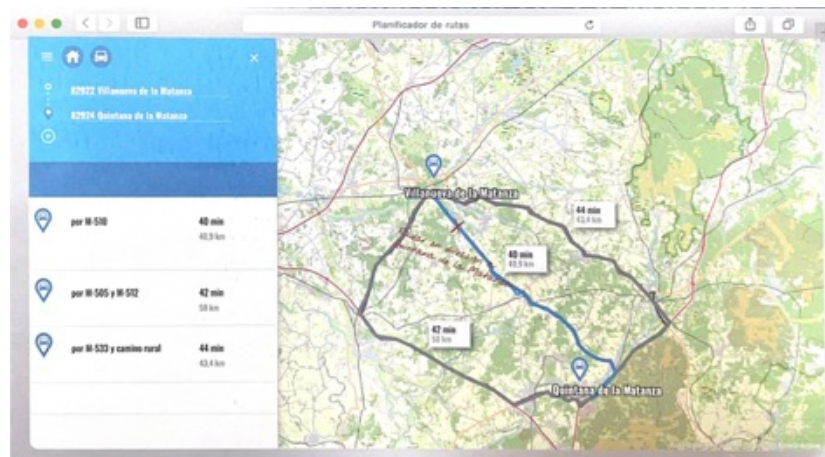
Con motivo de esta infracción grave, y conforme al artículo 75, letra a) y al artículo 80, apartado primero de la citada Ley 6/2004, se le impone una multa por un valor de **200,00 €**.

(Esta multa se reduce a la mitad (100 €) en caso de pronto pago (20 días naturales). Si no efectúa el pago en un plazo de 45 días o no expone un recurso de exoneración en el plazo de un mes, sin necesidad de otra comparecencia se le aplicará un recargo del 20 % sobre el importe total de la multa (dosas + gestión). La imprentabilidad que indique el número de acta para que podamos tramitar el pago o su petición.

Datos de pago

Beneficiario:	Intefura de Tráfico
Cantidad:	100,00 €
Entidad bancaria:	Banquea
IBAN:	ES 33 579 787 432 11 000 254
BIC:	HSBC30043768

—Además —dijo mientras entraba a Google maps—, aquí está la ubicación. Me pillaron a 40 min de aquí. Imposible que fuera yo.



No podía negarlo. Su coartada era sólida. Tan sólida como su mirada cuando me acompañó hasta la puerta.

—Si necesitas algo más, estaré aquí. Pero le aseguro que no tengo nada que esconder.

Le agradecí su tiempo y salí, vi su coche aparcado a mi izquierda. Con el aire golpeándome en la cara me fui.

CAPÍTULO 8: LA NOCHE DEL ASESINATO

Volvía a la comisaría con el pulso contenido, pero la mente encendida como un motor al borde del colapso. Cada paso hacia el edificio de hormigón era una cuenta atrás, y aunque fingía normalidad, por dentro hervía la tormenta.

Subí las escaleras sin saludar a nadie. No quería hablar con ningún agente de los que no sabían ni la mitad de lo que yo había atado. Mi objetivo era claro: encontrar a Ángel Gallo. No solo por su rostro de anuncio de colonia cara, ni por esa forma suya de fingir que no me analizaba mientras me hablaba. Lo necesitaba. Necesitaba que él pusiera la maquinaria oficial en marcha... pero bajo mis reglas.

Lo encontré en su despacho, con la camisa arremangada y un café medio frío en la mano. Al verme, arqueó una ceja.

—Neus... estás viva. Creí que te habías evaporado en alguna escena del crimen —dijo con su sonrisa medio cínica, medio encantadora.

—Tengo algo. Algo gordo. Pero no pienso soltarlo aquí —le solté sin rodeos, cerrando la puerta tras de mí—. Necesito que me ayudes a montar una reunión. Esta noche. Todos los implicados. En la antigua casa de los Carnicero.

Gallo dejó la taza en la mesa, alzando una ceja.

—¿Un teatrillo de revelación? ¿Al estilo Poirot? ¿En serio?

—Más bien una ejecución. Pero tranquilo, legal —dije, dejando caer sobre su escritorio la carpeta con las últimas pruebas.

Le expliqué rápido, concisa, cada dato: el teléfono robado, las flores, la empresa de limpieza, la carta rota, el mensaje anónimo, las faltas de ortografía, las conexiones ocultas, las verdades no dichas. Mientras hablaba, vi cómo su expresión cambiaba. Primero escepticismo, luego sorpresa, y por último, una sombra de inquietud.

—¿Y estás segura de que el asesino estará allí? —preguntó.

—Estoy segura de que no podrá evitar presentarse. Tiene que saber si estamos cerca. Y lo estamos. Muy cerca.

Gallo asintió, rascándose la barbilla.

—¿Quieres llevar tú la batuta?

—Quiero mirar a los ojos al asesino antes de que se lo lleven —dije.

Y así empezó todo. Una reunión secreta, con invitación especial para cada sospechoso, bajo la excusa de revisar el caso con nuevas pruebas. El escenario: la vieja casa de los Carnicero. Polvo, silencio, y demasiados fantasmas.

Esa noche no sería solo el final de un caso. Sería el final de una mentira. O tal vez el principio de otra.

La casa de los Carnicero parecía aún más lúgubre de noche. El viento azotaba las persianas rotas y silbaba entre las tejas como un susurro del más allá. En el amplio salón, los muebles cubiertos de sábanas parecían cadáveres tapados esperando su turno. Bajo una lámpara antigua que parpadeaba como si dudara si seguir viva o fundirse, dispuse una mesa redonda improvisada con sillas viejas rescatadas del polvo.

A las 22:00, todos los invitados estaban allí. La tensión era tan densa que apenas se podía respirar.

Di un paso al frente, con la carpeta de pruebas en la mano.

—Les he reunido esta noche —comencé, con voz firme— porque entre nosotros está el asesino de Antonio Zapatero. Y esta vez... no se saldrá con la suya.

Un silencio incómodo se instaló de inmediato. Todos me observaban, algunos con incredulidad, otros con desconfianza. Fue Vicente Velada, el párroco del pueblo, quien rompió el silencio:

—Pero, ¿qué es esto, una especie de juicio popular? —dijo, alisándose los hábitos con nerviosismo—. Yo vine pensando que se trataba de una reunión con la policía, no de un teatro.

—¿Y acaso no es eso lo que ha sido este caso desde el principio? —replicó Teo Molina, el compañero de trabajo de Antonio, que aún hervía de rabia por el ascenso que nunca fue suyo—. Un espectáculo donde todos tenemos algo que perder.

—Por favor —interrumpió Ana María, la organizadora de las fiestas—. No estamos aquí para lanzar acusaciones sin pruebas. Hay una investigación en curso, y este tipo de situaciones solo enturbian más las cosas.

—¿Enturbiar? —rió con amargura Teo—. ¿Eso no lo hiciste tú cuando cambiaste los horarios de las actividades para que el ajedrez se jugara justo a esa hora? Muy conveniente, ¿no?

Ana María palideció.

—¡Eso fue una petición del propio ayuntamiento! ¡No tenía nada que ver con...!

—¡Basta! —exclamé, alzando la voz—. Esta no es una cena, ni un juego. Es el cierre de un caso que ha dejado un cadáver, una joven destrozada, y demasiadas preguntas sin respuesta. Y créanme... esta noche, esas preguntas se van a responder.

Mis palabras quedaron flotando en el aire como un veneno lento. El siguiente en hablar fue Ramón Roca, el dueño del bar del pueblo:

—¿Y tú qué esperas? ¿Que nos confesemos uno por uno? ¿Que alguien se levante y diga “fui yo”?

—Claro que no —respondí—. Lo que espero es que la verdad salga a la luz. Y créanme... está mucho más cerca de lo que imaginan.

Felipe Figuera, el joven empresario de la limpieza, cruzó los brazos, incómodo.

—Yo ya dije lo que tenía que decir. La noche del asesinato estaba fuera de la ciudad. Tengo una multa de tráfico como prueba. ¿Qué más quieren?

Carlos Menudo, el policía y viejo amigo de Tomás, observaba a todos con los labios apretados.

—Esto se ha ido de las manos —gruñó—. No entiendo por qué no estás en la comisaría con Ángel Gallo en lugar de montar este espectáculo aquí.

—Porque en una comisaría nadie confiesa. Pero en una casa cargada de recuerdos, secretos y traiciones... todo puede pasar.

Todos me miraban. Algunos con temor. Otros con ira. Pero todos... con algo que ocultar.

—Esta noche —continué— alguien va a pagar por lo que hizo. Y yo ya sé quién fue.

Todos aquí presentes tenían algún motivo para matar a Antonio, celos por el trabajo, infidelidad, responsable del incendio de esta casa... pero todos con coartada sólida, o no.

El asesino es Felipe Figuera. Un silencio se hizo en esa sala.

En un principio, Felipe no tiene ningún tipo de relación con Antonio, pero sí conocía a algunas personas de su entorno. Gracias al móvil de Clara encontramos mensajes que afirmaban que mantenía una relación sentimental con Felipe. Además, un mensaje previo, poco antes de las fiestas de San Esteban, Clara le habló acerca del sobre que había encontrado en el escritorio de su madre. Por tanto, él sabe que Antonio fue el responsable de la muerte del padre de Clara, Tomás, al no haber comprobado una manguera de extinción del Cuerpo de bomberos Voluntario.

Y tenemos también dos cartas extrañas. Tanto en el chat de WhatsApp con Clara como en la carta de respuesta hay una falta de ortografía: se ha escrito mal “palabras” con “v” en lugar de con b (palavras). Así pues, podemos concluir que fue Felipe quien escribió la carta respondiendo a su padre. Ahora bien, ¿quién es su padre?

El padre de Felipe le escribe una carta que este hizo pedazos, en la cual se revela como su padre. Dice que la relación en la que está Felipe, con Clara, no es buena para él y que perjudicaría a sus futuros hijos, por lo que le pide que rompa con ella. ¿Quién envió la carta entonces?

Exacto: Tomás, el padre de Clara... Y Felipe. Por tanto, los dos hermanastros son pareja sin saberlo. Felipe hizo un esfuerzo para vencer su rabia hacia Tomás por no haber estado a su lado durante tantos años y se decide a escribirle un correo electrónico, pero parece ser que no llegó a enviársela antes de que Tomás falleciera. Quería conocerlo y, al fin, construir con él una relación de padre e hijo, pero le robaron esa oportunidad. ¿Y de quien fue la culpa?

De Antonio Zapatero, tal y como Clara le contó a Felipe, fue él quien no comprobó la manguera defectuosa del Cuerpo de Bomberos que provocó que el incendio no se pudiera apagar a tiempo. Clara descubrió los documentos que lo prueban en el cajón del escritorio de la casa de su madre, Sara, mientras la ayudaba a limpiar en verano.

Por tanto, Felipe tiene un motivo de mucho peso para querer asesinar a Antonio, pues es culpable de la muerte de su padre. Ahora bien, ¿cómo pudo enterarse de la alergia a los cacahuets de Antonio?

Aquí es donde entra en juego su empresa, el servicio de limpieza y conserjería “Los chorros del oro”. Cuando fui esta tarde a interrogarlo me fijé en la pared de su despacho, tenía un calendario colgado con las calles de la casa que le tocaba limpiar según qué día, hasta que lo vi.



14 de abril, Calle del Pórtico, 36. Todos sabéis cual es esa calle, ¿verdad? Es la calle donde se encuentra el centro de salud del pueblo, es decir, la consulta del Dr. Esteban Puentes y que justo el día en que, según Pedro Gil, desapareció el informe de resultados de la prueba de alergias, Felipe limpiaba allí. Por tanto, pudo acceder a la prueba y así enterarse de que la víctima tenía alergia a los cacahuets.

Sin embargo, en realidad Felipe tiene una coartada, ya que a la hora del crimen fue detectado por un radar, que registró el exceso de velocidad en dirección a Quintana de la Matanza. Por tanto, no puede tratarse de un intento de fuga.

Ahora bien, esta mañana cuando salí de interrogar a nuestro asesino, su coche estaba aparcado fuera, pero había alguien dentro, un amigo suyo que afirmó que le iba a devolver el coche, que le cogió prestado a Felipe hace unos días, me dijo que estaba asustado por la reacción de su amigo, ya que le habría llegado una multa de tráfico que cometió él, con el coche de Felipe el pasado 26 de abril. Así que tiene un móvil claro y no tiene coartada.

El día de la feria, Antonio acababa de ganar el trofeo de tiro al plato y mientras hacía la tradicional vuelta por la zona, Felipe aprovecho para colocar polvo de cachete en su bebida, así cuando este regresó, lo ingirió directamente causándole la muerte.

—¡Felipe Figuera! —rugió una voz tras él.

Era Ángel Gallo, que había estado escuchando desde el umbral con la pistola desenfundada.

—Estás arrestado por el asesinato de Antonio Zapatero. No hagas ninguna tontería. Ya has hecho suficientes.

Felipe miró a su alrededor. Todos lo observaban como si lo acabaran de ver por primera vez. Sus ojos, antes tan fríos, se empañaron. Dio un paso atrás, tambaleante. Luego otro.

—No... no puedo... —murmuró—. No puedo volver a estar solo...

Intentó correr. Giró hacia el pasillo como un animal acorralado, pero Ángel fue más rápido. Lo derribó con un placaje certero que los lanzó contra una mesa de cristal, haciéndola estallar en mil pedazos. El ruido rebotó por toda la casa como un disparo.

Felipe forcejeó, gritó, pero en pocos segundos estuvo en el suelo, esposado, jadeando como un perro herido. Ángel se incorporó despacio, con la respiración agitada.

—Nunca entendí por qué querías que hiciéramos esto aquí... —dijo, mirándose con una media sonrisa—. Pero funcionó.

—A veces la verdad no aparece entre expedientes y pasillos grises —le respondí—. A veces, solo sale cuando alguien ya no tiene a dónde escapar.

El resto se quedó en silencio. Nadie aplaudió. Nadie dijo nada. Solo el crujido de las esposas y el eco de un secreto al fin desenterrado llenaban la noche.

Y Clara... aún no sabía nada.

EPÍLOGO

La noche era fría, pero el aire sabía a alivio. Después de todo, el caso estaba cerrado. El asesino estaba entre rejas, las piezas habían encajado, y por primera vez en días, respiraba con algo parecido a paz. Ángel caminaba a mi lado, relajado, con las manos en los bolsillos y una sonrisa en los labios que no le había visto en todo el tiempo que lo conocía.

—¿Y ahora qué harás con tanto tiempo libre? —me preguntó mientras subíamos la colina que daba a mi casa.

—Quizá lo invierta en citas con comisarios guapos y testarudos que creen que pueden con todo —dije, jugando.

Se rio. Una risa limpia. Cálida.

—¿Mañana? —preguntó con esa sonrisa ladeada.

—Pasado. Mañana necesito dormir doce horas seguidas o me convertiré en una asesina—bromeé.

Estábamos justo frente a mi casa. Saqué las llaves y las introduje en la cerradura. Pero algo no encajaba. La puerta cedió sin que la girara por completo. Entreabrí con lentitud. Silencio. Demasiado silencio.

—¿Has cerrado bien esta mañana? —me preguntó Ángel, serio, su expresión cambiando por completo.

—Siempre echo dos vueltas —murmuré, con un nudo subiéndome por la garganta—. Ángel... no te vayas aún.

Él ya estaba desenfundando su arma. Empujamos la puerta con cuidado y entramos. Lo primero que notamos fue el olor. Un hedor metálico, pesado, que se colaba por la nariz como el aliento de la muerte. Caminamos despacio por el pasillo. Todo parecía en su sitio, hasta que giramos hacia la cocina.

Y entonces el mundo se volvió una pesadilla. Había un cuerpo tirado en el suelo. Lo que quedaba de él. Era imposible identificar si era hombre o mujer a primera vista. Estaba rodeado por un charco de sangre tan extenso que se mezclaba con las huellas que iban y venían por la habitación. Restos óseos, dedos amputados, trozos de carne desgarrada colgaban del fregadero. La nevera estaba abierta y goteaba sangre como si hubiera sido usada para almacenar algo más que comida.

Encima de la mesa, cuidadosamente colocada entre platos rotos y cristales manchados, una carta. El mismo papel amarillento. La misma letra torcida.

"Creías que habías acabado, pero solo has arañado la superficie. Yo soy el final de este juego. Y estoy más cerca de lo que piensas."

Temblé. No era de Felipe. No podía ser. Él estaba esposado, encerrado, vigilado. Esto era algo más. Alguien más.

—¿Qué demonios...? —murmuró Ángel, pálido como la cera.

—Yo... —las palabras se me escapaban. El aire no alcanzaba—. Yo no hice esto. No lo hice. ¡Ángel!

—Lo sé. Tranquila. —Me agarró del brazo con firmeza—. Esto no ha terminado.

La sirena de una patrulla comenzó a escucharse a lo lejos. La noche se cerraba sobre nosotros como una sombra viviente. La casa que había sido mi refugio era ahora una escena infernal. Y lo peor no era el cuerpo, ni la sangre, ni el caos. Lo peor era lo que esa carta insinuaba. Felipe no era más que un peón. Y yo... yo acababa de ser arrastrada a la siguiente.